

»Claro está que en esta separación vemos el efecto natural de la acción del aire, de la humedad, del calor, en una palabra, de todos los agentes exteriores sobre el cuerpo muerto, y que tiene su causa en la atracción electiva de los diversos agentes para los elementos que le componen. Sin embargo, este cuerpo estaba igualmente rodeado en vida de los mismos agentes cósmicos, las afinidades para con sus moléculas eran las mismas, y hubiera sucedido del mismo modo aquel trastorno y descomposición á no estar estas moléculas retenidas en el conjunto por una *fuerza* superior á estas afinidades químicas, que no cesan de obrar sobre ellas hasta el instante de la muerte.» He aquí probada con toda verdad la existencia de la *fuerza vital*. Y, por último, el *principio vital* difiere esencialmente de la fuerza física, es la base potencial de la vida, y en el acto de morir se separa de la materia.

Hoy por hoy el *vitalismo* no está en derrota, sigue con su bandera enhiesta sin que los nuevos progresos de la experimentación hayan podido abatirla. Para nosotros el problema de la *fuerza ó principio vital*, será probablemente el gran problema, cuya solución está reservada á los progresos del siglo XX.

Nosotros creemos haber desvanecido por hoy un error grave y trascendental de las escuelas materialista y positivista ó unicista; error científico que sirve de poderoso argumento, con otros de la misma índole, para buscar desacuerdos entre los dogmas católicos y la ciencia. Sin apelar á declamaciones exageradas impropias de esta clase de estudios, sin usar con nuestros adversarios un lenguaje mordaz y virulento que la misma ciencia repele, ni buscar en añejas doctrinas y groseras preocupaciones, materiales para sostener nuestro tema, apoyados en las ciencias experimentales y de observación, hemos probado la existencia de una *fuerza ó potencia misteriosa*, que destruye una buena parte del edificio levantado por el positivismo y materialismo ó monismo científico contemporáneo.

Vemos, por fin, como el Catolicismo y la ciencia empírica lejos de divorciarse se unen más y más con lazo indisoluble y verdadera armonía para realizar los altos y trascendentales designios de la Providencia. La lucha entablada contra la santa Iglesia de Jesucristo, por escuelas filosóficas que en el fondo profesan un ateísmo más ó menos embozado, atacadas y confundidas en sus mismos errores por los descubrimientos de las ciencias experimentales y de observación, terminará deponiendo estas escuelas sus aspiraciones materialistas y unicistas y rindiendo sus armas ante el ara de la Esposa del Señor.



CAPÍTULO XIV

LA GENERACION ESPONTANEA

Ó LA ABIOGÉNESIS DE HUXLEY

El organismo. — El instinto y el hábito. — ¿Cómo ha aparecido la vida? — Opinión de los antiguos. — La generación espontánea. — Opinión de los Santos Padres de la Iglesia católica. — La escuela de Aristóteles. — Opinión de Redi. — Needham. — Opiniones de varios sabios. — Otros ilustres profesores combaten la generación espontánea. — Muchos sabios la niegan. — Las lombrices intestinales. — Los microzimas del señor Bechamp. — La generación espontánea no existe ni ha existido jamás. — Opinión del señor Flourens. — Conclusión.



FÁCILMENTE comprenderán nuestros lectores, por lo que dejamos expuesto, que nosotros hemos distinguido *dos vidas* diferentes, una fisiológica y otra psicológica; ambas se hallan asociadas en los seres dotados de vida que comprende el reino hominal, y pertenecen á dos sustancias distintas que están íntimamente unidas entre sí. En estos seres inteligentes y sensibles el *hábito* pasivo embota la sensibilidad, y el hábito activo favorece la atención y la apreciación de los juicios. Mas cuando á la vez el hábito reúne las dos condiciones, entonces tiene para ellos dos efectos contrarios en la apariencia, pero que se concilian con facilidad por medio de la razón. Es innegable, que tanto el alma como el organismo resisten á ciertos y determinados hábitos; porque observamos con frecuencia, que muchas sensaciones y esfuerzos, varias y marcadas impresiones y reacciones se toleran y hasta son útiles y agradables si se ejercitan con moderación y prudencia, mientras que se vuelven perjudiciales produciendo disgusto y fatiga, si se repiten con demasiada frecuencia. ¿Quién duda que la humanidad siente la influencia del hábito hasta en la elevada region de las ideas?

Los materialistas y los positivistas, la escuela unicista, en fin, concentran todos sus argumentos y hacen cuantos esfuerzos les sugiere su imaginación para negar la existencia del alma espiritual, lo cual no es posible, á no ser que nos separemos del recto criterio y de la sana razón. Como antes hemos consignado, y ahora repetimos, el positivismo de hoy es más audaz y atrevido que el de otros tiempos; hará, quizá, menos ruido, pero en cambio aparece cubierto

con el brillante manto de la ciencia experimental y con él oscurece todas sus deformidades y cubre todos sus errores y sofismas. Su insistencia le hace temerario, tal vez hipócrita, para presentarse á la faz de la humanidad ataviado con las apariencias de una verdad real y evidente. Con razón ha dicho el P. Carbonelle «que con dificultad se hallará un ateo ó un materialista, por ignorante que sea, que no se llame ó no se considere un campeón de la ciencia moderna.»

Que el espíritu existe, que existe el alma, no puede negarse, ni aun ponerse en duda, desde el momento en que comparamos los actos que tienen lugar en el hombre, según demostraremos en el capítulo que sigue. El alma vive *en sí* y *para sí*, y la condensación que se verifica en el *sentido íntimo* ó conciencia forma su personalidad. La materia ocupa un lugar en el espacio, está constituida por la reunión de átomos y moléculas, tiene las dimensiones propias de todo cuerpo geométrico y no piensa. El hombre realiza constantemente actos de libertad é inteligencia, actos que corresponden á los espíritus; luego existe en él una causa libre y espiritual, ... el *alma racional*: no creemos que de ello quepa ninguna duda, porque es una concepción natural y lógica. El mismo señor Teberghien, uno de los discípulos de Krause que más han contribuido á difundir la doctrina de su maestro, confiesa que el espíritu es una cosa distinta de la materia, y manifiesta las fases opuestas de la naturaleza humana. Ambas tienen una esencia, una forma, una existencia, y obran, viven y se envuelven dentro de sus leyes peculiares y de sus relaciones comunes... La existencia del alma está, con efecto, demostrada de una manera perfecta; dudar de ella sería la mayor de las aberraciones que puede presentar la humanidad. El señor Barker, profesor de los Estados Unidos, después de exponer sus doctrinas más ó menos positivistas ó unicistas, y aceptar que entre el alma y el cerebro existe estrecho lazo, dice que el pensamiento se manifiesta exteriormente por una conversión de movimiento y de energía actual; que la emoción halla con frecuencia cierto alivio en las demostraciones físicas, etc.; teoría que recuerda la antigua doctrina representada por aquella fórmula, *el alma forma el cuerpo*; y concluye manifestando «que el cerebro es en sí una máquina destinada á la transformación de la energía; que por ciertos conductos misteriosos el pensamiento está en correlación con las demás fuerzas físicas;» pero se apresura á añadir: «aquí se presenta esta magna cuestión: ¿no hay más que esta energía física? Detrás de esta sustancia material, ¿no se halla otra potencia de un orden superior?... ¿No existe en realidad una parte inmortal, que se separa de los tejidos del cerebro, aunque se encuentre unida á él de un modo misterioso? El cuerpo, tan cuidadosamente elaborado, ¿contiene una alma venida de Dios para volver á Dios? Aquí la ciencia se cubre el rostro y se inclina

respetuosamente delante del Todopoderoso. Hemos traspasado los límites en los cuales la ciencia física se halla encerrada.»

El *instinto* no es más que la aptitud y la inclinación propia de un sér animal para llenar ciertos actos sin saber *por qué* ni *cómo*, y por lo tanto sin que pueda contrarestarse por una fuerza exterior. Nadie dudará que el hábito activo en ciertos casos toma el carácter de ignorancia actual, que desconoce los medios y el fin que se propone. Por esta razón el señor Reid consideró el *hábito* como un instinto adquirido, y el *instinto* como un hábito innato. Empero sucede



Tipo de la raza blanca ó caucásica.

algunas veces que una acción se ejecuta por hábito, y no obstante se tiene conciencia de los medios que se han empleado y del objeto que uno se ha propuesto. La educación modifica ciertos hábitos; pero algunos se arraigan de tal manera que llegan á transformarse en verdaderos instintos. Éstos pasan de una á otra generación y se sostienen mientras aquél persiste; pero es un hecho incuestionable que el instinto de cada individuo no puede variar, porque es independiente de la voluntad y de las circunstancias externas. Además, el hábito entraña gran volubilidad y se pierde con la misma facilidad que se adquiere; pero en los seres inteligentes y libres, como el hombre, cuando se ha

arraigado por la influencia de aquella misma libertad, queda siempre sujeto al imperio de esta facultad, que poco á poco destruye ó hace que adquiera más vigor y estabilidad.

El instinto es una fuerza ciega, inconciente, encarnada en la esencia misma de la animalidad, que obliga é impulsa á realizar ciertos actos que se perpetúan sin variación en las generaciones sucesivas. No ha faltado quien haya dicho, que el instinto va acompañado de alguna inteligencia; este error depende de haber estudiado esta facultad someramente. ¿Cómo han podido confundirse el instinto con la inteligencia, cuando el primero es innato y la segunda proviene de la instrucción y de la experiencia, siendo por lo tanto libre y general? El señor Reimarus señaló de una manera incontestable el límite que separa el instinto de la inteligencia.

Todos los naturalistas han dado cierta preferencia al estudio de los instintos, y la escuela darwinista cree que algunos, como el del cucullito de poner los huevos en nidos de otros pájaros, el de ciertas hormigas para hacer esclavos á otros insectos y el de las abejas para fabricar las celdas de sus colmenas son tan maravillosos, que el mismo señor Darwin teme impresionar demasiado al lector y echar por tierra su teoría evolucionista. ¿No le parece al naturalista inglés que han de causar aún mayor impresión las celdillas de la granada ó de las espigas, que tanto se parecen á los panales? ¿Y se atreverá nadie á afirmar que el granado ó el trigo estén dotados de razón?

Los experimentos y observaciones con los castoreos que el señor Federico Cuvier crió desde muy jóvenes, probaron con toda evidencia que estos roedores al construir sus nidos ó madrigueras obraban arrastrados inevitablemente por una fuerza maquinal y ciega, esto es, por el instinto. Desde luego el ilustre autor de la selección natural esquivó entrar á examinar el origen de los poderes mentales y de la fuerza vital; tampoco se ocupa en definir el instinto, y todo lo declara con noble franqueza y lealtad en su libro sobre el *Origen de las especies*.

Últimamente, nos parece que el instinto es peculiar á la naturaleza del individuo, y el hábito al efecto de una adquisición especial; sin embargo, no deja de haber bastante semejanza entre ambas facultades. Cuando la razón interviene en el instinto puede experimentar una modificación sensible que la educación perfecciona; pero esta circunstancia tiene lugar en el ser humano solamente, porque los demás animales carecen en absoluto de esta facultad suprema.

Hay una nueva ciencia, la psico-física, que aunque no haya tomado carta de naturaleza, no obstante se está propagando por algunos sabios, entre los cuales mencionaremos á los señores Lotze, Delboew, Weber, Fechner y otros;

en ella juegan un papel importante los movimientos reflejos, explicando á su manera la imaginación, el deseo, el pensamiento, el juicio y hasta las concepciones artísticas y estéticas más sublimes y elevadas que puede concebir el espíritu creador del hombre.

El señor Bain asegura que el punto de partida de la acción refleja, de la cual se hace depender el instinto, se halla en tres elementos: los hilos nerviosos aferentes, el nucleo celular de la sustancia gris y los hilos nerviosos eferentes. Para H. Spencer el instinto animal pasa á ser razón en el hombre por un medio paulatino y progresivo. La repetición sucesiva y continuada de los movimientos reflejos que, si bien en su principio necesitan la intervención del



Raza cobriza ó americana.—Tipos de los Andes.

celebro, luego se reproducen espontaneamente, sin que para su armonía sea preciso órgano alguno, en una palabra, el instinto, representa relaciones de raza, adquiridas por una continua repetición que pueden aumentarse con la edad y transmitirse por herencia. De esta manera, dice con el mayor aplomo y candor científico el expresado señor Spencer, el hombre transmite por herencia las relaciones cerebrales tanto heredadas como adquiridas. Así vemos que el mono inferior ha pasado á ser superior, el antropomorfo ha alcanzado á ser papou, el salvaje de la Australia ha llegado á equipararse con el europeo; porque la racionalidad humana es la acumulación, ordenación y transmisión de las experiencias heredadas. La racionalidad, continúa el mismo profesor, es esen-

cialmente progresiva y proviene del instinto. Con el desarrollo psíquico se desenvuelve también el sistema nervioso, que, rudimentario en los animales inferiores, formado de médula espinal y centro cerebral en aquellos de medianas aptitudes y provisto de médula, cerebelo y hemisferios en los animales superiores, puede adquirir en el hombre del Mediterráneo hasta treinta pulgadas cúbicas de materia nerviosa más que el papou.

No podemos alcanzar á comprender, como hombres de talento y reconocida capacidad, profesores ilustrados que gozan de general reputación científica, arrastrados por el espíritu de partido ó tal vez por preocupaciones de creencia, lleguen á ofuscarse y á velar su razón, hasta el punto de consignar semejantes absurdos, y los sostengan contra la evidencia demostrada por una experimentación fundamental no interrumpida y apoyada por el testimonio de la humanidad entera, testimonio que cuando menos reconoce de siete á ocho mil años de antigüedad. El animal que naciera en su principio con un sistema nervioso rudimentario, con él sigue todavía al través del tiempo y de las generaciones y aquel que lo tuvo completo, también lo conserva en el mismo estado á pesar de los trastornos y alteraciones de los medios ambientes y de las vicisitudes que hayan sufrido sus ascendientes y antepasados. El instinto nunca, jamás se transforma en razón sea cual fuere el número de veces que la corriente nerviosa recorra el circuito, ya bajo la ilusoria idea de la intervención del cerebro, ya de un modo espontaneo ó inconciente, ó por las corrientes de oxígeno radiante, bien provenga del sol ó de cualquier otro astro. El instinto es una fuerza ciega y fatal, digan lo que quieran los acérrimos partidarios del monismo científico, peculiar á cada especie, distinto casi siempre, que no se pierde ni se borra con las repetidas sucesiones, que se halla encarnado en el sér, y que ni la costumbre ni la educación ni el halago, ni el medio ambiente pueden conseguir que desaparezca en absoluto, ni siquiera que modifique de una manera estable y permanente. (1) Estas evoluciones de que habla el bondadoso y

(1) Esto nos recuerda un hecho que nos ha parecido oportuno consignar hoy en este libro, del cual fuimos testigos en la Universidad de Granada y que dejábamos correr como olvidado; mas al ver las exageraciones de las doctrinas que se emiten sobre el instinto, nos parece de algún valer para aquellos que juzgan de las cosas sin pasión y con calma. En cierta ocasión adquirimos para el Gabinete de Historia Natural dos lobeznos recién nacidos. Se hallaba á la sazón de diseccionador Don José Rodríguez, persona muy entendida, laboriosa y que reunía excelentes cualidades para el cargo que desempeñaba. Me rogó que le dejara criar aquellos dos cachorrillos, porque quería hacer ciertas observaciones; á lo que accedí sin dificultad, como Decano de la Facultad de Ciencias. Se instalaron en un sitio cómodo en un extremo del Jardín de la Universidad, donde fueron cuidados con particular esmero por el diseccionador, ayudándole un mozo del laboratorio. A los tres ó cuatro meses murió uno de ellos y fué diseccionado. El sobreviviente fué colocado en el local de disección, que era una clase pequeña frente el gabinete y laboratorio de Química, en el sitio llamado el Callejón. Así pasaron cinco ó

crédulo señor H. Spencer, son sueños y delirios que no pueden probarse ni con un solo ejemplo, ni con la menor indicación práctica y experimental, porque el instinto siempre es el mismo y permanece en grado fijo en la especie.

Discutan en buen hora los fisiólogos y los amantes del monismo científico para averiguar si la acción refleja reconoce como asiento principal la médula y el cerebelo, según han dicho los señores Longet, Robin, Vulpiano, Kuss, ó si es exclusiva del cerebro, confundiendo la inteligencia con la acción refleja según opinión de Herzen, ó aceptando lo que dice Cl. Bernard, esto es, que el cerebro oscurece y sujeta estos movimientos, limita su fuerza y circunscribe su extensión: de manera que los movimientos reflejos corresponden á la médula y al cerebelo; mas pretender demostrar que el instinto pasa á ser razón, aun dentro de la especie, es hoy una quimera; ya porque se admita con H. Spencer que los actos psíquicos son en el comienzo concientes, ya porque Lewes considere que dichos actos son movimientos nerviosos del sistema central, ó porque Maudsley haya dado poquísima importancia á la psicología, ó bien como Alfonso Wichard, se enaltezca á su modo la inmortalidad ó permanencia de la conciencia humana.

En todos estos fenómenos se halla ante todo esta misma *conciencia*, que viene á rebajar, ya que no sea anular, lo que suelen llamar progresos de la fisiología. Para la conciencia humana la vida en su principal esencia tiene una existencia y simplicidad indivisa; el *yo* es único y exclusivo, no puede divi-

seis meses, de modo que el lobo tenía cerca de un año. Abrigaba el Sr. Rodríguez grandes esperanzas de haber domesticado el lobo; y con efecto, el animal le obedecía, le seguía contento y sumiso se tendía á sus piés y hasta sobre las rodillas, y al parecer estaba satisfecho con su situación de *lobo-casero*. Empero cierto día en que se le dió la ración un poco tarde, en ocasión de estar nosotros en la cátedra de Química oímos grandes gritos dados por el diseccionador, y presumiendo alguna desgracia, suspendimos la clase dirigiéndonos al gabinete en el cual hallamos al citado Rodríguez ensangrentado, con los ojos desencajados, livido, tembloroso, balbuciente y aterrado por el espanto. Al abrir el taller para dar al animal el acostumbrado alimento, se le abalanzó furioso, le desgarró el pantalón por dos sitios, produciéndole algunos arañazos y una herida en la pierna derecha. Tuvo que luchar algunos segundos y consiguió encerrarlo otra vez. Auxiliado, como es de suponer, y curadas las heridas embriando todas las indicaciones, derramamos unas cuantas gotas de ácido cianhídrico concentrado sobre un pedazo de carne colocándolo al extremo de una caña, abrió el mozo del laboratorio llamado Muñoz, un poco la puerta y el animal al tragarse la carne de un bocado cayó muerto casi instantáneamente. Aquel lobo al parecer domesticado, que no había mamado leche alguna de la madre, criado con leche de oveja y luego con carne, no pudo resistir, quizá al deseo de comer, porque verdadera hambre no podía tener, desconociendo al hombre que durante tantos meses le había cuidado, que le acariciaba, y que pasaba todos los días muchas horas á su lado. No era el hambre, que todavía no conocía y en verdad que estaba bien mantenido, lo que recordaba los instintos de fiera, era la tendencia á la destrucción lo que despertó en él los instintos de lobo; instintos que no conocía, que no eran imitados porque no los había aprendido; pero que estaban en su sér latentes, heredados y prontos á manifestarse apenas se presentara ocasión oportuna.

dirse ni fraccionarse, ni mucho menos se halla sujeto á los desarrollos del individuo, á su estado fisiológico ó patológico, ni á ninguna circunstancia que altere, modifique ó cambie su integridad perfecta. De manera que, cuantas evoluciones se señalan por los monistas están fuera de toda división, y reconocen siempre la perfecta unidad del *yo* humano. No sucede lo mismo con los fenómenos fisiológicos, los cuales están basados en la propiedad de fraccionarse al infinito en el espacio y el tiempo, lo que representa un término que se halla en absoluta contradicción con el anterior. De suerte que, cuanto corresponde á la fisiología es divisible y peculiar á la materia y todo aquello que corresponde á la conciencia está separado en absoluto de lo tangible y se halla bajo el dominio del *espíritu ó alma racional*. Con razón ha dicho el señor Gavarret: «Es evidente que buscar en las ciencias físico-químicas la explicación completa del juego de todas las funciones del organismo, es una tentativa insensata.» ¿Podemos, acaso, explicar multitud de fenómenos que se hallan fuera de la metafísica, y dentro por completo de la fisiología?

Hay en el organismo en general y en el hombre en particular ciertos fenómenos que nunca tendrán una explicación convincente. ¿Quién sabrá jamás la forma y manera como nuestra alma está unida al cuerpo, que cuando le falta la vida se descompone y se pudre? ¿Quién será capaz de dar á conocer lo que pasa dentro del útero de la mujer en el acto de la concepción, para que pasados algunos meses resulte un hombre perfecto ya diseñado al cabo de algunas semanas? ¿Nos dirá la fisiología por qué el alimento digerido y mezclado con la sangre arterial, bajo el influjo de la fuerza vital del individuo, en una parte se forma sustancia ósea, en otra muscular, aquí nervios, allá masa cerebral, acullá tejido corneo, sustancias químicas variadas, sin que ningún órgano ni aparato cambie sus respectivas funciones?

La pasión debe considerarse como una necesidad sentida y elevada á la categoría de deseo vehemente; ó bien puede ser un instinto á su mayor grado de intensidad, que muchas veces deja latentes las otras facultades.

Hay un agente que desempeña en nuestro organismo una misión sublime, levantada, grande y misteriosa, que nosotros estudiaremos en el capítulo que sigue y que ahora no hemos hecho más que indicar. Los sentidos acumulan multitud de materiales que se convierten en ideas, que luego constituyen juicios, en los que tienen lugar toda suerte de comparaciones y de voliciones. De ello resulta una serie de imágenes que quedan depositadas dentro de nosotros, para que se presenten según sea nuestra voluntad, nuestro deseo ó por un efecto involuntario. ¿Cómo aquella primera impresión se ha convertido en sensación?... Toda impresión, como la de un cuerpo odorífero, por ejemplo, según el señor Fournié, produce un movimiento que se trasmite por el nervio del ol-

fato hasta la célula del centro óptico, y desde este momento el hombre siente el olor. Luego el movimiento continúa hasta la célula conjugada de la capa cortical y la modifica de cierta manera. Separando el cuerpo oloroso, estos movimientos se suspenden y ya nada se percibe... Tal es la primera condición de la memoria; sentir como sintió, pero fuera de todo objeto que pueda impresionar y bajo la sola influencia de la actividad de una célula cortical del cerebro... etc. Nos parece que la cuestión queda intacta. Todos los esfuerzos de este sabio



Tipo de la raza acclimada.

fisiólogo para explicar mecánicamente las percepciones y demás funciones del cerebro no alcanzan á resolver el problema. Y preguntaremos: ¿Cómo pensamos y discurrimos? ¿Cómo conservamos tan variadas y múltiples sensaciones? Cuantas hipótesis se conciban para dar á la materia una actividad de la cual le privó el Autor de todo lo creado, serán inútiles é infructuosas. El alma humana es el agente que preside y dirige todas nuestras facultades intelectuales. El señor Duncán ha tenido la ocurrencia de decir que la fuerza y el pensamiento son de la misma naturaleza; idea que ha sido rebatida victoriosamente por el talento del señor G. J. Romanes.

El conjunto de seres organizados dotados de vida guardan entre sí ciertas relaciones generales y caracteres exteriores, por cuyo medio agrupamos los seres semejantes y los distinguimos con un nombre particular; luego dirigimos la atención á algunos individuos para estudiarlos exterior é interiormente y apreciar las funciones de cada uno de ellos. Empero, en esta clase de estudios, no basta reunir aquellos grupos que tienen mayor analogía, tanto por su aspecto externo como por la semejanza de las funciones internas, ni por la comparación de las funciones entre especies distintas que presentan cierta analogía en su organización. Después del examen para conocer los caracteres exteriores, después de la anatomía y fisiología comparadas, debemos acudir á la filosofía anatómica y fisiológica, y, por fin, como complemento á la fisiología zoológica que nos conducirá á una clasificación racional.

Á pesar de esto, las clasificaciones, producto siempre de estudios detenidos y minuciosas observaciones para buscar caracteres específicos á fin de dividir y subdividir el reino humano, encuentra dificultades insuperables, y naturalmente nos vemos conducidos á admitir como principio fundamental, que las distintas razas de hombres derivan de un tronco común; esto es, de aquella pareja creada por Dios, y de la cual nos habla el Génesis.

Todos los hombres son hermanos, porque todos tienen el mismo origen. Los hombres son todos iguales en dignidad por su naturaleza y porque todos son hijos de un mismo padre. Declamen cuanto gusten estos sectarios del oscurantismo y de la esclavitud, agucen su entendimiento diabólico excitado por la sed insaciable de una codicia jamás satisfecha, salpiquen con sangre humana sus fastuosos festines é inmundas bacanales, la esclavitud será siempre una iniquidad, una infamia, un abuso intolerable. El reino hominal no tiene especies, tendrá tal vez razas, hijas de circunstancias particulares, que se modifican y desaparecen á cada paso. Es preciso confesarlo; la escuela americana ha sido siempre egoísta, y la inglesa, en medio de sus utópicas predicaciones ha olvidado con frecuencia sus alardes humanitarios. La Iglesia católica nos lo enseña como dogma de fé revelado por Dios.

Tanto los naturalistas como los antropólogos se esfuerzan en vano, y sus construcciones artificiales giran sobre un reducido número de rasgos y señales característicos sin valor científico alguno, puesto que se equilibran ó se destruyen entre sí.

El reino hominal está constituido por una colección de individuos dotados de un alma racional y descendientes de una sola pareja por una sucesión natural de familias nunca interrumpida.

Los nombres más encumbrados de la ciencia, como Buffón, Camper, J. Hunter, Blumenbach, Forster, Cuvier, J. Müller, Humboldt, Flourens, Serre, Qua-

trefages, Godrón... y otros no menos distinguidos rechazan la poligenesia, aceptando la monogenesia. El mismo Quatrefages dice: «El monogenismo cuenta entre sus adeptos á los hombres más ilustres consagrados al estudio de la Naturaleza, y que han fijado su atención en los fenómenos de la vida.» Y Godrón añade: «El acuerdo de estos autores constituye por sí solo una grave presunción á favor de su doctrina, y sería una temeridad casi pueril acusarles de error sin haber estudiado á fondo esta difícil materia.

Se dirá, quizá, que el color es un signo incuestionable de la poligenesia, porque existen hombres blancos, amarillos, rojos y negros; y de aquí resultará una clasificación natural; empero esta división pareció deficiente, y algu-



Raza aceitunada.—Malayo.

nos sabios acudieron á la longitud y amplitud del craneo, resultando de aquí los dolicocefalos, frontales y occipitales, los mesocéfalos y los microcefalos. Se creyó que todo esto era insuficiente, y entonces buscaron en la relación de amplitud y longitud de las órbitas los signos característicos de una clasificación fundamental; el linaje humano se vió clasificado en tres grupos que se distinguieron con los nombres de megasemos, mesosemos y microsemos. Algunos sabios pretenden también que el índice nasal sea el que dé la norma, y de aquí han resultado los tipos que se llaman platirinos, mesorinos y leptorinos; últimamente hasta el desarrollo más ó menos pronunciado ó saliente de los pómulos ha servido para dividir el reino hominal, y de ello responden los tres tipos denominados prognatos, agnatos y ortognatos. La estatura, la

longitud de los brazos, la diferencia del cabello y otros accidentes que proporciona la inspección exterior del hombre se han excogitado para negar la monogenesia humana, y por ende su origen en la forma y manera revelada por la santa Biblia.

Á primera vista podría decirse que, con efecto, existen en la superficie terrestre varias clases de hombres. Sin embargo, la ciencia enseña que no hay más que variedad de *razas*. Y se preguntará ¿qué es lo que entendemos por *raza*? Para nosotros la raza está constituida por un conjunto de individuos que por medio de la generación han heredado ciertas particularidades accidentales, que no alteran sustancialmente la unidad esencial del tipo.

Hemos indicado que la cuestión de color es deficiente; el trascurso de los siglos, la acción lenta y constante de los agentes cósmicos y la influencia modificadora del progreso cotidiano en la marcha inconciente de la humanidad han podido ser la causa de aquellos accidentes. Entre un individuo caucasiano ó de las orillas del Mediterráneo y un negro bozal la diferencia es sorprendente; pero desaparece cuando se buscan otros límites de comparación. Desde Hipócrates se ha sostenido que el color de los hombres es accidental, y esta antigua creencia ha alcanzado á ser un dogma científico después del estudio comparativo de los abisinios, de los tuariks, de los judios, de los fellatahs y hasta de los mismos europeos. La anatomía y la fisiología han venido en apoyo de estas verdades. ¿No vemos en la preñez y en varias afecciones del aparato hepático, tomar la piel un tinte más ó menos amarillento, pardo y oscuro? ¿No hay ejemplos de *albinismo* perfecto entre los negros?

El negro tiene *cabello* y no lana, á pesar del aspecto lanudo y de estar ensortijado. El estudio que Prichard ha realizado con el microscopio así lo ha demostrado, y las anomalías que se descubren en distintos puntos de la superficie terrestre así lo testifican.

Las facciones del rostro, al parecer tan distintas, la conformación del cráneo, que ha dado motivo para tantas suposiciones y sobre las cuales la poligenesia ha basado sus conjeturas y aspiraciones anticatólicas, se han desvanecido con los estudios de Tiedemann y de Morton, de Meigs y de Nott. Y siguiendo los experimentos de Geoffroy Saint-Hilaire, de Serres y de Weber, Alc. d'Orbigny y Parchappe tampoco se nota diferencia alguna entre los cráneos de los naturales de las diferentes naciones. Hasta los trabajos de Broca y Pruner-Bey relativos á los diámetros craneales antero-posterior y transversal tampoco favorecen la poligenesia. Otros accidentes que se dan á conocer por estos profesores, y que se hallan en individuos de una misma raza y aún de un mismo pueblo, no son más que subterfugios de aquel que ve naufragar la nave en que fundaba su refugio y salvación.

Todas estas cavilidades y travesuras se desvanecen por su poca importancia, y toda vez que se realicen semejantes separaciones que no ha hecho la Naturaleza de un modo estable y permanente, siguiendo cualquiera de los sistemas indicados; venimos á observar que en cada grupo se reúnen individuos de los otros, que no existe un límite marcado, que hay variaciones profundas en las distintas épocas del desarrollo, y que precisamente el hombre ha sido el sér que ha conservado con más firmeza su tipo primero, todo lo cual, unido con el paralelismo ontogénico y filogenético que tanto alaban los evolucionistas



Raza acuitunada.—Cingalés.

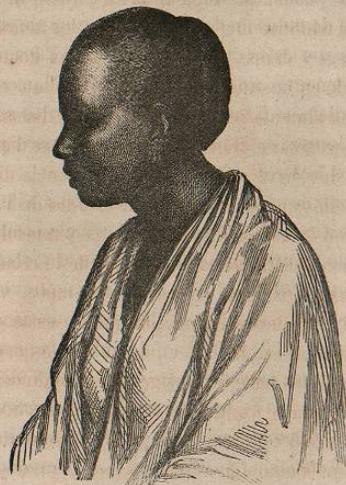
y transformistas, nos conduce á proclamar la monogenesia del reino hominal. Lo cierto es, que los mismos argumentos de los señores Hæckel y Broca se vuelven contraproducentes, y vienen á apoyar la relación mosaica de una pareja primera creada por la omnipotencia de Dios.

Las diversas escuelas que sostienen el ateísmo científico aceptan de buen grado que la *vida* tuvo en la superficie terrestre su comienzo en una época determinada; porque la geología así lo enseña, y el estado particular del planeta no reunía las condiciones necesarias para el desarrollo de los primeros

organismos dotados de vida. De suerte, que hubo un tiempo en el cual la tierra que habitamos se hallaba únicamente formada de sustancias inorgánicas; la vida no existía. La ciencia experimental después de una lucha sostenida durante muchos años, ha demostrado en nuestros días de un modo real y evidente, que la espontaneidad orgánica es un mito y que todo sér con vida tiene sus progenitores. Entonces ¿cómo apareció la vida en nuestro esferoide? ¿Las leyes que regían en este mundo sin vida, han variado ó sufrido alguna modificación? Todos los sabios están conformes en aceptar como principio, que las leyes que hoy gobiernan á la materia son las mismas que antes é iguales á aquellas que imperaban en las primeras edades. Y, si estas leyes no pueden dar origen á la vida, si no pueden producir ningún germen ni ningún organismo viviente, preciso será admitir, mal que les pese á los señores Zöllner, Littré, Du-Bois-Reimond, Vogt y demás partidarios de estas doctrinas anticatólicas, que Dios inició la vida en la superficie terrestre por un efecto de su omnimoda voluntad. Generalmente se califica á los naturalistas de ser partidarios del materialismo y patrocinar el transformismo, y aun se dice, con sobrada ligereza, que miran con desdén el poder de la Omnipotencia divina. A la verdad, nadie mejor que aquellos que se consagran al estudio de las ciencias exactas, físicas y naturales, ó á la geología, paleontología y morfología, saben distinguir mejor y con más copia de datos lo *absoluto* de lo relativo. Si alguna vez, por desgracia demasiado frecuente en nuestros tiempos, vemos á sabios profesores separados del verdadero camino, búsquense estas disidencias en otro terreno y probablemente no se tardará en descubrir las causas verdaderas en un espíritu de secta que los hace intransigentes. Cuando con imparcial criterio y sin preocupación alguna se examina el conjunto de hechos que las modernas investigaciones han dado á conocer y se aquilata su importancia en el conocimiento del hombre; que como dijo Pascal, *es más grande que el mundo*, caemos desfallecidos al ver cuán poco se ha adelantado y cuán incomprensibles son los arcanos de esta Suprema Sabiduría. Protágoras había afirmado que el hombre es la medida de todas las cosas, porque la naturaleza se refleja por completo en su espíritu, que es el único intérprete conocido suficiente ó insuficiente. Haller decía: «Á medida que he estudiado con más atención la anatomía, la fisiología y la patología he conocido mejor á Dios, la espiritualidad de nuestra alma y su inmortalidad.» Montesquieu consideraba que el Evangelio era el más bello regalo que Dios había hecho á los hombres, y bien se puede asegurar que todos los filósofos y naturalistas de los tres últimos siglos han pensado en definitiva de la misma manera.

Las leyes que gobiernan las diferentes especies de seres con vida, no pueden demostrarse *á priori*, ni son principios necesarios. El ideal de la filosofía ana-

tómica será siempre ese afán vertiginoso para conocer las causas generales de la organización, las que corresponden á la producción de los organismos y la semejanza é infinita variedad de los cuerpos dotados de vida. El ideal de la filosofía fisiológica será también descubrir en los seres vivos la manera como se forman, su naturaleza y la acción de los medios en que viven, la causas de su semejanza y la diversidad de sus funciones. La filosofía anatómica y fisiológica en el grado que hoy ha alcanzado, se resume en un número de leyes contingentes, hijas de la experiencia y de los principios racionales, las cuales por su generalidad y conveniencia satisfacen las exigencias de la ciencia. Estas leyes nada tienen de absoluto, presentan sus dudas y acepciones, y de ahí nacen



Raza acclimada.—Cingalesa.

tantas hipótesis que muchas veces se hallan en marcada contradicción. El método experimental con su exclusivismo tan decantado por el gran Cuvier, no pudo sostenerse á pesar del talento privilegiado del maestro, ni es nada conveniente para la ciencia; lo mismo decimos de las hipótesis en que se apoyan los discípulos de la filosofía idealista de la Naturaleza, pues tampoco conducen á descubrir la anhelada verdad. La razón cuando se halla ilustrada por la experiencia, consigue levantar algunos pliegues del denso velo que oculta las leyes que emanan de la Ciencia Suprema.

La *vida* es una facultad propia del desarrollo y del cambio íntimo en un sér que guarda su individualidad y su modo de existir, según hemos manifestado

en los capítulos anteriores. Empero, ¿la *vida* ha aparecido poco á poco y de un modo gradual y progresivo en la superficie de nuestro esferoide, ó bien la creación de todas las cosas fué instantánea? ¿El reino hominal es hasta aquí, el término de este progreso ilimitado? ¿Es la materia corporea é inorgánica, que se ha organizado en seres vivos de progresiva perfección con arreglo á leyes primeras no necesarias, pero establecidas anteriormente por Dios según su conveniencia y á favor de circunstancias permanentes previstas y dispuestas por una Providencia Suprema? ó bien ¿es una acción especial é inmediata de Dios, que ha introducido en diferentes épocas la vida y la organización sobre la tierra? ó, en fin, todo cuanto existe en el espacio, con sus leyes invariables ¿es producto del *acaso*? ¿Tendremos que admitir la hipotética idea de las emisiones iniciales? No; porque de todos modos estas emisiones no pueden tampoco explicarse... Problemas son éstos que vienen agitando á los sabios desde remotos tiempos, y como tenemos manifestado, son el fundamento de dos escuelas rivales, en cuyo pugilato se han querido involucrar los sublimes dogmas de la Iglesia católica. Algunos de ellos, no obstante, hemos procurado ponerlos al alcance de nuestros lectores.

Sin embargo, á pesar de que todos estos problemas son de tan difícil solución y alguno hasta enigmático, los profesores de la escuela positivista y monista no paran mientes en esto, y salvando cuantas barreras y obstáculos encuentran en su camino prescinden de todo, y presentan sus atrevidas y concluyentes soluciones. Para el señor Burmeister, «los cuerpos que tienen vida en la superficie terrestre, representan la expresión del funcionamiento de las fuerzas en condiciones necesarias para producir todo aquello que indispensablemente debieron realizar. Así cada capa de la corteza terrestre conserva restos de plantas y animales, y en los sedimentos inferiores se hallan también indicios de seres organizados. Á cada formación, pues, sucesiva, corresponde una flora y una fauna cuyo desarrollo en general progresa de un modo constante y gradual.» El desenvolvimiento de los organismos se halla en relación constante con las condiciones exteriores del globo, y natural parece deducir, según este autor, que la vida es el resultado de las transformaciones del medio terrestre. Y concluye afirmando, que *el género humano actual será la base de otras criaturas más elevadas por su organización.*

Semejante hipótesis evolutiva, en lucha abierta con el principio fundamental antropocéntrico que admitimos los católicos, no puede aceptarse ni siquiera como simple posibilidad. El hombre es el límite, es el término que ha sido creado por Dios, y cuando se busca su origen fuera de las verdades de la santa Revelación, sólo se conciben errores y absurdos insostenibles, que rechazan el buen sentido y la misma ciencia experimental que unos y otros invocamos.

Muchos pensadores positivistas ó unicistas, á quienes les cuadraría el nombre de *transformistas vergonzantes*, no titubean en conceder íntimo acuerdo entre las creencias católicas y los progresos de las ciencias experimentales; pero luégo, en los detalles, admiten diferencias esenciales que dan al traste con sus aparentes convicciones. Á nosotros no nos es permitido aceptar semejante divergencia, ni mucho menos estas estudiadas ambigüedades; porque la falsa ciencia con sus teorías é hipótesis atrevidas sólo ofrecerá el extraño con-



Raza negra.—Tipo de Fungi.

traste de pretender destruir la verdad. No sin fundado motivo decía el ilustre Champolión: «No hay verdad contra la verdad.»

Los antiguos habían también dirigido sus estudios é investigaciones á conocer el origen del mundo que habitamos y el de los vegetales y animales que lo pueblan. La India, la Media, la Persia, la China y el Egipto tuvieron sus cosmogonías, el Oriente conserva aún los restos de lo antiguo, las cenizas de lo pasado, el osario de la primera humanidad. Las pirámides de los Faraones son las criptas de pasadas glorias, así como el sepulcro de Cristo es la resurrección de un nuevo mundo y de una nueva sociedad. La gran pirámide es